



Título: Sobre la televisión

Autores: Pierre Bourdieu

Editorial: Anagrama

ISBN: 84-339-0547-3

Barcelona, 1997

Sobre la televisión

PREFACIO¹

He decidido ofrecer por televisión estas dos conferencias para tratar de ir más allá de los límites de la audiencia normal de un curso del Collège de France. Pienso, en efecto, que la televisión, a través de los diferentes mecanismos que intento describir de forma sucinta -un análisis profundo y sistemático habría exigido mucho más tiempo-, pone en muy serio peligro las diferentes esferas de la producción cultural: arte, literatura, ciencia, filosofía, derecho; creo incluso, al contrario de lo que piensan y lo que dicen, sin duda con la mayor buena fe, los periodistas más conscientes de sus responsabilidades, que pone en un peligro no menor la vida política y la democracia. Podría demostrarlo sin dificultad analizando el trato que, impulsada por la búsqueda de una audiencia lo más amplia posible, ha otorgado la televisión, secundada por una parte de la prensa, a los autores de declaraciones y de actos xenófobos y racistas, y por las concesiones que hace a diario a una visión estrecha y estrechamente nacional, por no decir nacionalista, de la política. Y para quienes alberguen la sospecha de que pongo de relieve unas particularidades exclusivamente francesas, recordaré,

¹ Este texto es la transcripción revisada y corregida de la grabación íntegra de dos programas realizados el 18 de marzo de 1996 en el marco de un ciclo de conferencias dadas en el Collège de France y retransmitidos por Paris Premiere en mayo de 1996 («Sobre la televisión» y «El campo periodístico y la televisión»). Collège de France - CNRS audiovisual). He reproducido en el anexo el texto de un artículo (inicialmente publicado como introducción de un número de *Actes de la recherche en sciences sociales* dedicado a la influencia de la televisión) que presenta, de forma más rigurosa, los temas de esas dos conferencias.

entre otras mil patologías de la televisión americana, el tratamiento mediático del juicio de O. J. Simpson o, más recientemente, el montaje que transformó un mero asesinato en «crimen sexual» con toda una retahíla de consecuencias jurídicas incontrolables. Pero un incidente acaecido hace poco entre Grecia y Turquía constituye sin duda la mejor ilustración de los peligros que provoca la competencia sin límites por los índices de audiencia: a raíz de los llamamientos a la movilización y de las declaraciones belicosas de una cadena de televisión privada, a propósito de un minúsculo islote desierto, Imia, las televisiones y las radios privadas griegas, apoyadas por la prensa, se lanzaron a una escalada de desvaríos nacionalistas; las televisiones y los periódicos turcos, impulsados por la misma lógica de la competencia por los índices de audiencia, entraron en la batalla. Soldados griegos desembarcaron en el islote, las respectivas flotas fueron enviadas a sus aguas, y se evitó la guerra por los pelos. Puede que lo esencial de la novedad, en los brotes de xenofobia y de nacionalismo, que cabe observar en Turquía y en Grecia, pero también en la antigua Yugoslavia, en Francia y en otros lugares, estriba en las posibilidades de explotar a fondo estas pasiones primarias que suministran, hoy en día, los modernos medios de comunicación.

Para tratar de respetar el compromiso que me había fijado respecto de estas conferencias, concebidas como una intervención, he tenido que esforzarme para expresarme de forma que pudiera ser entendido por todos. Lo que me ha obligado, en más de un caso, a simplificaciones, o a aproximaciones. Para destacar lo esencial, es decir, el discurso, a diferencia (o a la inversa) de lo que suele ser práctica habitual en la televisión, he optado, de acuerdo con el realizador, por evitar cualquier pretensión formal en el encuadre y la filmación de las tomas y por renunciar a las ilustraciones -fragmentos de emisiones, facsímiles de documentos, estadísticas, etcétera-, las cuales no sólo habrían ocupado un tiempo muy valioso sino que, sin duda, habrían enturbiado la línea de un discurso que pretendía ser argumentativo y demostrativo. El contraste con la televisión habitual, que constituía el propósito del análisis, era deliberado, como una forma de afirmar la autonomía de un discurso analítico y crítico, aunque fuera bajo las apariencias pedantes y pesadas, didácticas y dogmáticas, de una lección de las que se denominan magistrales: el discurso articulado, que paulatinamente ha quedado excluido de los platós de televisión -la regla exige, dicen, que en los debates políticos, en Estados Unidos, las intervenciones no superen los siete segundos-, sigue siendo, en efecto, una de las formas más seguras de resistir a la manipulación y de afirmar la libertad de pensamiento.

Soy plenamente consciente de que la crítica a través del discurso, a la que me veo reducido, no es más que un mal menor, un sustitutivo, menos eficaz y divertido, de lo que podría ser una verdadera crítica de la imagen mediante la imagen como la encontramos, aquí y allá, desde Jean-Luc Godard en *Tout va bien, Ici et ailleurs* o *Comment ça va* hasta Pierre Carles. y soy consciente también de que lo que hago se inscribe en la prolongación, y el complemento, del combate constante de todos los profesionales de la imagen comprometidos en la lucha por «la independencia de su código de comunicación» y, en particular, de la reflexión crítica sobre las imágenes, a la que Jean-Luc Godard, una vez más, aporta una ilustración ejemplar con su análisis de una fotografía de Joseph Kraft y de los usos que de ella se han hecho. Y podría haber asumido como propio el programa que proponía el cineasta: «Esta labor significaba empezar a interrogarse políticamente [yo diría sociológicamente] sobre las imágenes y los sonidos, y sobre sus relaciones. Significaba no decir más: "Es una imagen acertada", sino: "Es simplemente una imagen"; no decir más: "Es un oficial nordista a caballo", sino: "Es la imagen de un caballo y un oficial." »

Deseo, aunque sin hacerme muchas ilusiones, que mis análisis no sean percibidos como «ataques» contra los periodistas y contra la televisión inspirados por no sé qué nostalgia trasnochada de una televisión cultural tipo Tele Sorbona o por un rechazo, igual de re activo y regresivo, de todo lo que la televisión

puede, a pesar de los pesares, aportar a través de ciertos programas, de reportaje, por ejemplo. Por más que me sobran razones para temer que servirán, sobre todo, para alimentar la complacencia narcisista de un mundo periodístico especialmente propenso a proyectar sobre sí mismo una mirada engañosamente crítica, tengo la esperanza de que puedan contribuir a dotar de medios o de armas a todos aquellos que, dentro de las profesiones relacionadas con la imagen, luchan para que lo que hubiera podido convertirse en un extraordinario instrumento de democracia directa no acabe siéndolo de opresión simbólica.